

Asedios al Guardián

por Pedro Pablo Guerrero

En 1951, el escritor y ex combatiente de la segunda guerra mundial, Jerome David Salinger, 32 años, divorciado, publica en Nueva York la novela *«The Catcher in the Rye»*, traducida al castellano, instantáneamente, como *«El guardián en el centeno»*. Y *«El cazador en el centeno»* es una novela sobre la vida de un joven en primavera, Holden Caulfield, a la cabeza, al menos, tres años antes de la guerra, tras una severa crisis, le confiesa a su hermana Phoebe que se imagina a sí mismo como el cazador o guardián (*catcher*) de los niños que juegan en un campo de centenos. Su "misión" es evitar que se caigan al precipicio cercano. "Yo sería el guardián en el centeno. Se que es una locura, pero es lo único que verdaderamente me gustaría ser", confiesa.

¿A qué alude esta imagen?, ¿por qué un título tan enigmático? Don Ed Lodge expone

su teoría al respecto en un ensayo de *«El arte de la ficción»*, pero Salinger, recluido desde hace más de 45 años en su cabalá de Cornish (New Hampshire, Estados Unidos), no se ha tomado la molestia de confirmarla. Lo cierto es que desde su aparición, *«El guardián en el centeno»* se ha transformado en un fenómeno literario desconocido. Publicada en más de 30 idiomas y a pesar de su título tan "poco vendible", agota un cuarto de millón de ejemplares cada año. Lector, casi en su totalidad, por jóvenes comunes y corrientes que lo sienten uno de esos libros escritos especialmente para ellos, aunque algunos copias van a dar, de vez en cuando, a las manos de psicólogos que estudian estrellas de rock (Mark Chapman), directores frustrados que no obtienen la autorización para convertir *«El guardián»* en un musical de Broadway (Elia Kazan) y escritores que se terminan suicidando luego de parodiar a Caulfield en novelas que jamás verán publicadas (John Kennedy Toole). Sin contar los ratos, menos dramáticos, de escritores que

la consideran una de las mejores obras literarias del siglo XX (José María) niños de adinerados incondicionales que le guían un ojo en su primera novela (Alberto Fuguet).

Demasiada presión para cualquier obra, especialmente para el asediado Salinger, en los ochenta era, encima de toda representación, quien abastecía de las fotos, el cine y, en general, de todos los registros que el ser humano deja de su paso por la vida. Incluyendo cartas, inéditos y biografías que los abogados de Salinger se encargan de atacar cada vez que alguien anuncia un libro sobre su cliente, así se trate de su propia hija, Margaret Salinger, autora de un polémico volumen de memorias publicadas el 2000 en Estados Unidos (*«Dream Catcher»*) o de una ex amante como Joyce Maynard, quien subasta en Sotheby's catorce cartas del autor luego de ventilar su relación en un libro testimonial (*«Mi verdad»*, Ediciones Círculo, 2000), donde se agregan detalles sorprendentes a lo ya establecido por la biografía del hijo de

Hamilton (La historia de J. D. Salinger, Mondadori, 1988).

En todos los casos que concierne a manuscritos inéditos, Salinger se ha unido con la viga, amparado por fallos judiciales que reconocen su derecho a la privacidad.

Traducciones lamentables

Sorprende que un escritor que gasta tanta energía y dinero en resguardar su vida íntima, permita, en cambio, la circulación de traducciones tan malas como las que padecen los lectores hispanohablantes. Llevado por un odio ciego a la imagen y a toda explicación de su obra, Salinger exige que sus libros no tengan ilustraciones de cubierta ni resúmenes en la solapa o contraportada. Sólo el título. Esta clausura se cumple rigurosamente en todas las ediciones españolas, pero los agentes literarios no han puesto igual empeño en velar por la calidad de las traducciones. No es raro que más de un lector se haya decepcionado con *«El guardián en el*

"Placer literario memorable"

por José Miguel Vargas

Me han leído unas líneas sobre el escritor norteamericano J. D. Salinger. De preferencia sobre su famosa novela *«The Catcher in the Rye»*, cuyo título —para mí incomprensible y carente de toda relación aparente o real con su contenido— ha tenido diversas traducciones al castellano, desde la literal y obvia *«El cazador en el centeno»* hasta *«El cazador hacia El guardián entre el centeno»*. Ninguna es exacta, porque la palabra *catcher* no tiene nada que ver con guardián y poco con cazador. Es el que coge o agarra algo y, en el uso del béisbol norteamericano, el jugador que está detrás del bateador para coger o agarrar la pelota. Pero, y que sirva de consuelo, la traducción del mismo título al francés es todavía más absurda y está aún más lejos del original que las españolas. Para los lectores franceses es *«L'attrape-cœurs»*, el "atrappacoraciones".

En fin, acepto el escámo, con evidente irresponsabilidad, porque no tengo a mano ninguno de sus textos. Escribo sobre la base de recuerdos.

El *Catcher* debió haber llegado a Chile hacia fines del cincuenta en la traducción argentina. Se puede suponer que lo leyeron los escritores de la afamada generación del ídolo y que tuvo cierta influencia en algunos de ellos. Tema para académicos.

Yo lo leí primero traducido al castellano, luego en inglés. Lo encontré en la librería Stadler, de la calle Agustinas, que recuerdo con nostalgia, donde las novedades literarias de Estados Unidos e Inglaterra llegaban en meses de una semana, en ediciones en rústica maravillosamente baratas. Allí compré más tarde los otros libros de Salinger.

La lectura del *Catcher* fue para mí, sin duda, un placer literario memorable. Era narración sencilla, en primera persona, rebuscante de autenticidad, donde el humor del lenguaje y las situaciones encubren una corriente oscura de ternura y melancolía hacia el adolescente inadaptable y de sensibilidad escorpiónica que aborrece del orden establecido y de todo lo que se debe respetar (sin formular una rebeldía consciente), que choca y se hiere con las asperas de un mundo prosaico, carente de justicia y, sobre todo, de amor, se relacionaba, para mí, con experiencias personales y ajenas de mi propia adolescencia (*).

Esa sola obra bastaría, en mi opinión, para establecer la grandeza de Salinger como escritor. Ciertos críticos adictos a la clasificación entomológica lo encasillan como "un buen escritor menor". Algo semejante se ha dicho de Kafka.

Pero, además, están sus cuentos y la potente y maravillosa serie



de los relatos sobre la familia Glass, con su más importante protagonista Seymour, que en su conjunto, se articulan en nuestra mente como una nueva especie de novela en la que se funde un estilo de humor neoyorquino y patético, a la Woody Allen, con una reflexión profunda y poética sobre el destino del ser humano en la tierra.

(*) De aquí podría surgir, tal vez, el tema para una serie que cada vez que alguien a quien se quiere, por lo menos así yo quiero la memoria. El arte de los relatos: Substitución de primera persona — sobre jóvenes poetas (a los tres corruptos que se lanzan a la conquista del mundo y al desahucio de su mismo destino por las circunstancias, la necesidad o el afán de aventura. La letra podría ser luego. Pasa en el *Backshop* de Mark Twain que, si no me equivoco, ha sido comparado con el *Catcher* de Salinger. Luego, en la primera mitad del siglo XX, dos libros franceses que cambiaron a nuestros padres. El gran *Messieurs de Alain Fournier* y *El diablo en el cuerpo* de Raymond Radiguet (el diablo y la dama, este movimiento surrealista y onírico fue con Gérard Philipe). Más lejos, en la literatura española, están las picarescas: *El Lazarillo de Tormes*, *El libro de la caza* y *La vida del Boscán*, de Quevedo. Posibles.

¿Por qué te escondes, Jerome David?

por Maximiliano Guerrero

El silencio de un artista puede transformarse en una elocuente obra de arte. Pero debe ser un silencio estratégico, que siempre interrogante, que ponga a prueba a quienes lo oyen. Esta es la situación de Rimbaud al desaparecer, y el de Sartre al rechazar el Nobel en 1964, por nombre solo dos. Cuando el silencio del artista en algún lugar o algún momento puede surgir como una gran obra. Se habla por otro porque otro ha dejado de hablar, dice Auster en *El país de las últimas cosas*. Pero el silencio de un artista también puede ser sólo un fortificante del misterio, del mito o, en último término, del morbo público y por tanto un mero alard de ventas.

Lo que parece ser necesario, en todo caso, es que el artista mantenga frecuentemente unos silencios que, cuando dejan de escucharse, produzcan truenos, por infinitos que sean. El artista debe tener la conciencia de un mayor o menor grado de distancia, algún grado de ocultamiento. Para Auster, por ejemplo, "el poeta es mucho más semejante a un hijo de vecino que a Kafka o a Shreya. Lleva el pelo corto, botines, sombreros de hongo, traje a rayas finas y va a trabajar al banco en el tren local".

Pero mucho más allá de eso, hay escritores en los que se observa un silencio autoimpuesto y rubioso que se da poco. En Chile soy



incapaz de indicar a nadie. Se me ha visto de distintos matices, desde escribir y no publicar (Salinger), publicar pero no aparecer, desaparecer (el artista y todo veneno negro (Pynchon)), publicar sin preocuparse (Delibes), publicar bajo seudónimos para evitar la exposición (Whitman), o incluso para hacer flotar todas las personalidades heroicas de su tiempo (Pessoa). Todos esos son artistas que hacen de su vida parte sustancial de su obra.

Después de *«El Guardián entre el Centeno»* en 1951 y algunos volúmenes de cuentos, Salinger dejó de publicar en 1965, habiendo dicho en la última de las dos entrevistas que ha concedido: "me gustaba escribir, me encanta escribir. Pero escribir sólo para mí mismo, por mi propio placer".

El silencio de un escritor no es lo mismo que el silencio de un dios, eso está claro, pero en algo se asemejan: un creador más o menos infalible, alguien que podría tener algunas respuestas, y que se niega a responderlas, ocultando su rostro, restando lo que le creó. Algo de eso hay en la respuesta de Salinger.

Salinger es una expresión absoluta del propósito que manifiesta Joyce, cuando dijo en *«El Retrato del Artista Adolescente»* que "la personalidad del artista, a primera vista grata y caduca, y después narración fluida y ondulante, desaparece de puro refinamiento, si impermanente, por decirlo así... El artista, como el Dios de la creación, queda dentro, o más allá, o por encima de su obra, invisible, ausente, fuera de la vida, indiferente, irrefragable, las alas".

Nadie sabe lo que Salinger realmente pensaba cuando decide ocultarse y callar, pero aquí escribiendo. Su silencio y reclusión lo hacen un verdadero artista. Definitivamente, porque como dijo Sartre, un creador es un hombre que en algún "perfectamente" conocido encuentra aspectos desconocidos, pero, sobre todo, es un exagerado.

Los que saben, no hablan

por Jaime Collette

SALINGER detesta tres grandes escritores: en una época que venía el despliegue naziista, es un ausente irremediable; es, además (y éste es su segundo motivo), un iconoclasta, que genera por sí solo una forma nueva de escribir; por último, tiene la decencia de no escribir o no publicar más cuando, al parecer, comienza a fatarse la convicción para ello. En una época plagada de escritores "públicos", que hacen predicciones y digresiones y alardean conceptualmente en la televisión, y predicciones en entrevistas sin fin, Salinger consigue preservar, como actúa tan huraña, la cualidad idealmente oscura del oficio literario.



Asedios al guardián [artículo] Pedro Pablo Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guerrero, Pedro Pablo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Asedios al guardián [artículo] Pedro Pablo Guerrero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile